

entonces se podían seguir en la Nueva España, la del claustro ó la del foro; quedando Gil Gómez, cuya poca inclinación al estudio era proverbial, al cuidado y al manejo de la hacienda en compañía de Don Esteban.

Había entonces en la Puebla de los Angeles un seminario, dirigido por los religiosos de la Compañía de Jesús, que gozaba de una gran reputación en toda la Nueva España, viniendo á instruirse á él jóvenes de los confines más remotos de la colonia. En ese establecimiento pensó Don Esteban para Fernando, el cual, deseoso de instruirse, y siguiendo los impulsos de esa ambición que alimentan todos los jóvenes de provincia, de habitar en la ciudad, se alegró verdaderamente de aquel pensamiento de su padre, sintiendo solamente que Gil Gómez no le acompañase, y sólo consintiendo en esta separación, en el supuesto de que éste iría á la ciudad en compañía de Don Esteban una vez al año, viniendo él mismo á pasar en su compañía el tiempo de las vacaciones; pero el hacendado había contado como dicen, "sin la huésped," porque luego que á los oídos de Gil Gómez llegaron los rumores de aquel viaje, luego que sus ojos comenzaron á ver los preparativos, luego que su corazón midió el sentimiento de una vida pasada lejos de Fernando, se rebeló contra las dispo-

siciones tomadas, renunció el empleo que sin su conocimiento se le había señalado, y rogó, lloró, habló tanto diciendo que ya que se le creía inepto para los estudios no se le podría impedir acompañar á Fernando siquiera en calidad de criado, que Don Esteban viendo su obstinación y al mismo tiempo el deseo de su hijo, consintió por fin en enviarle también al colegio, bondad que estuvo á pique de volver loco á Gil Gómez, que por un momento había creído verse separado de su hermano querido; además, prometió solemnemente que estudiaría con empeño y que ¿quién sabe si algún día llegaría á ser una de las lumbreras de la Iglesia, ó la gloria del foro?

La partida se verificó por los últimos días de diciembre de 1804; el mismo Don Esteban quiso acompañar á los jóvenes, para ponerlos bajo la dirección y la tutela de un lejano pariente suyo que habitaba en Puebla y era al mismo tiempo su corresponsal en esta ciudad. A tiempo que partían, saludó el hacendado á un señor de fisonomía noble y respetable que llevaba del brazo á una hermosa jovencita de doce años, pareciendo dirigirse ambos al centro de la aldea.

—¿A quién saluda Ud. padre mío? preguntó con indiferencia Fernando, que como todas las naturalezas melancólicas, sentía la tristeza en su corazón al aban-

donar aquel hogar querido, asilo de su infancia y relicario de sus recuerdos de niño.

—A uno de mis antiguos amigos, á quien he conocido en Veracruz, el Doctor extranjero Fergus, que después de haber habitado algunos años aquella ciudad, se viene á vivir en compañía de su hija en esta aldea.

—¿Y desde cuándo ha llegado? volvió á preguntar Fernando; con los preparativos de viaje, hace ya algunos días que no salgo de la casa.

—Hace sólo una semana, se apresuró á responder Gil Gómez, y habita en una casa muy bonita que hace más de dos meses han estado construyendo, al final de la arboleada que sale al río.

Y continuaron su camino. Don Esteban, después de haber arreglado lo concerniente á los gastos de los jóvenes, regresó á su hacienda.

La llegada de Gil Gómez causó sensación en el colegio; aquel muchacho, flaco, largo y huesoso, á quien el traje talar hacía más exagerado en todo, era necesario que llamase notablemente la atención de sus concolegas, y no habían transcurrido ocho días desde el de su entrada, cuando en junta de colegiales viejos se determinó dar un "capote" al recién venido.

Consiste este acto en esperar á la víc-

tima designada y sorprendiéndole, caer sobre ella un número considerable de ejecutores, á golpes con capotes, almohadas y aun palos, hasta dejarla tendida en tierra, molida y atolondrada; pero Gil Gómez, por una conversación oída una de las noches anteriores, y por algunas palabras sueltas escapadas de la boca de sus compañeros de dormitorio, que eran los que habían recetado la medicina, en el momento en que roncaba estrepitosamente, fingiéndose dormido, había escuchado todo el plan.

El dormitorio donde el acto debía tener lugar la noche siguiente, era una vasta sala, en que habitaban más de veinte colegiales; se trataba de esperarle, cuando se retirase á acostar, después de haber paseado en los corredores como acostumbraba, hasta oír el toque de silencio; se apagarían las luces que había en la sala, dejando sólo el gran farol suspendido de las vigas en medio de la pieza para distinguir á la víctima; luego que entrase se afrancaría la puerta á fin de impedirle la salida, y después cada uno sabía su obligación. Pero ya hemos dicho que por una casualidad, Gil Gómez había descubierto todo el plan, y en vez de ir á quejarse con el superior, lo cual le hubiera valido la fea nota de "chismoso" ó "soplón," en el lenguaje de la universidad, determinó luchar cuerpo á

cuerpo con sus improvisados enemigos y vencerlos si era posible; para lo cual fraguó también su plan.

Se armó de un largo y grueso bastón que ocultó todo el día, y en la noche, después de haber estado observando todos los preparativos desde que salieron de rectorio, requirió su arma; pero en vez de entrar al dormitorio al oír el toque de la queda como lo acostumbraba, se retiró cinco minutos antes de que la campana sonase á silencio y aun cuando aún no se le esperaba con atención: cuando los contrarios atrancaron la puerta, ya Gil Gómez estaba en medio de la sala, y antes de recibir el cuarto golpe, dió un fuerte garrotazo al farol, sumergiendo la pieza en una profunda obscuridad, y deslizándose sin pérdida de tiempo casi por debajo de las camas hasta la puerta, quitó sin ruido la tranca, corriendo con la misma precaución á refugiarse al rincón en que se hallaba su lecho: los estudiantes se precipitaron primero en medio de la obscuridad, en la dirección en que Gil Gómez había desaparecido; pero sólo dieron golpes al aire, después se confundieron entre sí y cerraron unos sobre otros sin verse. Gil Gómez, desde su rincón sólo oyó golpes, quejidos, gritos de cólera, pataleos, sin que á él le tocara nada de aquello. El ruido del farol al romperse y el de la lucha, atrajerón al padre maestro y los superiores.

La puerta se abrió repentinamente, la sala se inundó de luz, y los contendientes, cogidos "infraganti delito," armados de almohadas, turcas y palos, fueron á pasar el resto de la noche, después de haber sido contundidos y moídos, á dormir sobre las duras losas del calabozo, sin abrigo. Sólo Gil Gómez fué encontrado sobre su cama, dormido profundamente, dormido en medio de aquella greca con el sueño de la inocencia. El angelito fué el único que exceptuado del castigo, durmió aquella noche en blando. Este acto de audacia y algunos otros ejemplares semejantes á los que había aplicado á los rebeldes en San Roque, le dieron una gran popularidad entre los estudiantes, y el que primero había sido designado como víctima, fué considerado como caudillo en todas las travesuras y motines.

No es necesario decir que Gil Gómez jamás cumplió lo que había prometido, y la lumbrera de la Iglesia sólo fué en los cuatro años que permaneció en el colegio, lo que allí se llama un estudiante perdido, ganando al cabo de ello, después de haber sido reprobado dos veces, el curso de artes, como se dice en el lenguaje de las universidades, "en recua."

Pero lo mismo que Fernando, que por otra parte había seguido los cursos con provecho, Gil Gómez no tenía inclinación

á la Iglesia; y ambos jóvenes volvieron al hogar al cabo de cuatro años. Gil Gómez volvió más largo; un poco serio y hablando en latín, acaso para justificar el aquel proverbio, ya popular en la época, de "¿perritiquis miquis, no me conosororum?" arguyendo en forma silogística y con cierto aire doctoral, que unido á sus conocimientos en el latín, le hicieron ser solicitado por el cura de San Roque, para ayudar la misa y atender á la administración interior del templo.

Si como ya sabemos, en los dos años transcurridos antes de que tomásemos el hilo de esta historia, se había verificado un cambio notable en el corazón de Fernando, nada había sucedido con respecto al de Gil Gómez, que era tan niño y casi tan travieso como antes; lo único que había dado un poco más de gravedad á su carácter, eran las confidencias de los amores de Fernando; pero por otra parte había vuelto á sus antiguas costumbres, á sus cacerías, á sus excursiones, y lanzando á los aires papalotes de diversas dimensiones, casi fabulosas, y mientras, refiriendo escenas de colegio á los azorados muchachos, que le rodeaban considerándolos como un ser extraordinario, como un personaje de los que habían admirado en los cuentos.

Además de su empleo de sacristán, desempeñaba también el de practicante de

medicina; para no decir el de flebotomía; no; acompañaba, en efecto, al Doctor Ferragús en las visitas que éste hacía en la aldea ó en las rancherías inmediatas, montado en una jaca, conduciendo los instrumentos, las medicinas, las sanguijuelas, y sabía ya muy regularmente sangrar, curar los cáusticos y aun las heridas. ¿Y no se había albergado alguna vez un amor en aquel corazón de diez y ocho años?

No se puede dar este nombre al episodio que vamos á referir.

Gil Gómez había notado que al volver de sus excursiones, siempre encontraba en la ventana á la Mantuela, la hija del tío Lucas; linda, robusta y colorada moza de diez y seis años; Gil Gómez la veía con timidez; Mantuela le lanzaba ternísimas miradas. Sea casualidad ó hecho pensado, el caso es que Gil Gómez comenzó á pasar por su casa con más frecuencia; después vió y le vieron, tosió y le tosieron, hizo señas y sonrieron, enseñó una carta y bajaron la cabeza en señal de asentimiento; marcó la hora de una cita con los dedos de su mano derecha, presentada por la palma y por el dorso para indicar las diez, y después de haberle respondido afirmativamente con la cabeza, se retiraron de la ventana, enviándole con la mano una graciosa despedida.

Gil Gómez corrió á la casa, buscó el

escritorio de Fernando, el papel de color azul más subido, le pintó dos corazones inflamados y atravesados por una flecha, y con su letra grande y gruesa, escribió la siguiente carta, no sabemos si inocentemente ó por burlarse de la aldeanita.

“Señorita Manuela:

“Nadie diga: “de esta agua no beberé,” como dijo el otro, pues no sé qué fué primero, si verla ó amarla como el chupamirto á los mirtos. Es Ud. más hermosa que una mazorca en sazón; dígame si por fin me ha de querer de veras, ó si nada más hemos de estar embromando. Mañana en la noche vengo por la respuesta. Piénselo Ud. bien antes de resolverse, no luego salgamos con un domingo siete y.....”

Yo le juro amor eterno
Sin andarme con rodeos,
Pues si son así los diablos,
Aunque me vaya al infierno,
Quien usted sabe.”

“Posdata.—No se le vaya á olvidar á Ud. que á las diez de la noche he de venir á recoger la razón.

El mismo.”

Hemos visto que Gil Gómez había apurado su elocuencia oratoria y poética en

su misiva, que fué entregada aquella misma noche; á las diez de la noche siguiente, recibió la siguiente contestación en letra casi ininteligible:

“Señor Don Gil Gómez:

Si lo que dice es cierto, me alegro mucho; pero siempre, como luego ustedes son tan malos, no le quiero responder todavía si “sí ó no.” A la otra sí ya le digo con seguridad lo que haya. Viva Ud. mil años, como lo desea su criada.

María Manuela Tiburcia
de la Luz Sánchez.”

La segunda carta de Gil Gómez contenía tan sólo estas palabras:

“Señorita Doña Manuela:

“¿Qué hay por fin del negocio que traemos entre manos? Lo que ha de ser mañana, que sea de una vez.

“El mismo.”

La contestaron así con el mismo lacónismo:

“Señor Don Gil Gómez:

Muy señor mío y de todo mi aprecio.

Pues siempre me resuelvo que "sí," pero no se lo vaya Ud. á decir á nadie, por que donde lo sepa mi padre, quedamos frescos y es muy capaz de darle una paliza.

Quien de veras lo quiere."

Gil Gómez volvió á escribir esta carta á fin de romper aquellos prosaicos amorios:

"Señorita Doña Manuela:

Pues si de veras me quiere Ud., deme una prenda, como un mechoncito de su cabello, una tumbaga, ó lo que fuere más de su gusto. Cuando veo á Ud. todo mi corazón late, porque me parece que veo á la burra de Balaam.

El de siempre."

Esta galantería nada debió agradar á la señorita Manuela, que por ignorante que fuese, siempre conocía el "símile," pues ya no volvió á presentarse en la ventana á las horas que pasaba Gil Gómez, ni á aceptar ninguna carta suya.

Gil Gómez por otra parte, que no tenía por norma la constancia, en vez de llorar aquel desvío repentino se rió de él y no volvió á pensar más en la señorita Manuela.

Así acabaron al nacer estos poco espirituales amores.



CAPITULO V

UN DESPACHO DEL VIRREY Y VENEGAS

—¡Diablo! repito que te vendría á las mil maravillas un uniforme de teniente, en los Dragones de la Reina, sobrino Fernando: dijo una mañana el Brigadier D. Rafael, que durante los cuatro días que habían transcurrido desde su llegada á la casa de su hermano, no había hecho otra cosa que pasear, cazar y armar grésca todo el día en compañía de Gil Gómez, á quien había tomado una fuerte afición. ¿Qué dices tú de eso, Esteban?

—Me alegraría demasiado que el pobre Fernando, en vez de consumirse aquí en el tedio y la melancolía, disfrutase algo y conociese un poco el mundo, pues al fin mientras yo viva no tiene otra cosa en qué pensar; respondió Don Esteban, á quien lisonjeaba la idea de que su